

Opinión

Edición papel digital

Volver la vista atrás

Gabriel Zaliasnik
Profesor de Derecho Penal
Facultad de Derecho U. de Chile



En la novela *Volver la vista atrás*, el escritor Juan Gabriel Vásquez narra la vida de Sergio Cabrera, cineasta colombiano, marcada por una infancia y juventud absorbidas por el fervor revolucionario de sus padres comunistas. Su historia es la de un niño obligado a crecer entre la Guardia Roja en la China de Mao y la guerrilla del Ejército Popular de Liberación (EPL) -expresión armada del Partido Comunista Colombiano Marxista Leninista- en la Colombia rural. Es también la historia de una familia sometida al sacrificio ideológico, donde todo -afectos, libertad, infancia- es secundario frente a una causa que no admite matices: la revolución.

Al leerla desde Chile en 2025, es imposible no preguntarse si acaso nosotros también necesitamos volver la vista atrás. Porque en momentos en que la política local coquetea con la posibilidad de instalar en La Moneda a una militante comunista, no como una anécdota, sino como una posibilidad cierta, conviene recordar lo que significan los proyectos que nacen de dogmas totalitarios. No se trata aquí de caricaturas ni fantasmas, sino del hecho real de que el Partido Comunista chileno sigue adhiriendo, en sus documentos y declaraciones, a una matriz marxista-leninista que desprecia las democracias liberales, justifica dictaduras como Cuba, Venezuela o Nicaragua y, más grave aún, naturaliza el conflicto y la violencia como forma de ordenar la sociedad.

La democracia, por definición, es pluralismo. Supone la convivencia entre quienes piensan distinto. Sin embargo, cuando se busca elevar a la Presidencia a alguien que proviene de una estructura que no cree en la democracia como principio sino como táctica, lo que está en juego no es solo una elección más, sino la arquitectura misma del pacto democrático. El neopopulismo que se disfraza de justicia social, que polariza con cálculo, recurre al resentimiento ciudadano y manipula la historia, ya ha mostrado su rostro autocrático en otras partes de América Latina. De hecho, la historia de *Volver la vista atrás* es precisamente la crónica de cómo estas promesas revolucionarias terminan por devorar a quienes las encarnan, y de cómo los hijos heredan no solo los sueños de los padres, sino también sus fracasos. Ello, nos recuerda los costos -humanos, sociales y políticos- que implica someterse a doctrinas totalitarias que, en nombre de la utopía, cancelan el disenso, la democracia y la libertad individual.

Hace sólo tres años, en el plebiscito constitucional del 4 de septiembre de 2022 Chile por una inmensa mayoría (62%) rechazó el proyecto refundacional que precisamente seguía ese camino. ¿Estamos dispuestos a repetir el ciclo? ¿O aprendimos a tiempo que no toda promesa de cambio es un avance y que hay ideologías que, si bien se alimentan del sistema democrático, arrastran consigo la sombra de la intolerancia y el autoritarismo?

La historia nos da pistas. La literatura también. Lo que no nos da es segundas oportunidades si decidimos ignorarlas.

Nuevas formas de depredar

María de los Ángeles Fernández
Doctora en Ciencia Política



Indagando, al hablar de democracia, nos hemos deslizado desde la preocupación por su calidad a constatar progresivamente su erosión. Esto último concita hoy día la mayoría de las preocupaciones de quienes se dedican a estudiarla. Y no es para menos. El reciente informe de V-DEM para 2025 señala que "por primera vez en más de dos décadas el número de autocracias en el mundo supera al de las democracias", añadiendo que "el 72% de la población mundial vive bajo un régimen autocrático". Por su parte, IDEA Internacional advierte que 2024 "fue el noveno año consecutivo en que más países vieron deteriorarse su desempeño democrático".

Frente a tal situación, resulta urgente afinar los diagnósticos. No están los tiempos para dar palos de ciego. Si ayer era la desigualdad uno de los focos explicativos de la desafección ciudadana con la política, hoy parece ser la IA la que concentra el interés a la hora de entender los retrocesos que se observan, sobre todo en el ámbito electoral.

La indagación empírica en curso puede dar importantes pistas. En un reciente trabajo publicado en *Journal of Democracy*, Thomas Carothers y Brendan Hartnett testean en doce países algo que pareciera obvio. Se ha creído que sería "la falla de cumplimiento de las democracias, sobre todo cuando no proporcionan beneficios socioeconómicos adecuados, la que conduciría a perder la fe en dicho sistema, abrazando a figuras políticas que, una vez en el poder, comienzan a socavar las instituciones desde adentro". De dicha idea, plantean los autores, se deriva que habría que ayudar a la mejora su capacidad de "delivery" o de entrega de bienes económicos. Sus hallazgos, sin embargo, concluyen en otra dirección. El retroceso "no es tanto el resultado de que las democracias no cumplan como de su fracaso al no lograr limitar las ambiciones y los métodos políticos depredadores de ciertos líderes electos". Tal descubrimiento -sugieren- debiera orientar la toma de decisiones y la provisión de ayuda.

Lo anterior supone un semáforo amarillo para el Chile que viene. Las reformas políticas, centradas en la fragmentación partidaria y en el discolaje, parecen pensar más en problemas del pasado que considerar lo que ya vemos en otras latitudes. Por otro lado, la carrera presidencial podría enmascarar a más de un autócrata bajo la piel, no importa la identidad ideológica. ¿Cómo olvidar el uso que hacía Hugo Chávez del uniforme militar, exhibiéndolo o escondiéndolo a conveniencia? Como el asunto no va de género, Claudia Sheinbaum también logra confundir con sus formas suaves, al punto de ser erigida como la "anti-Trump". Mientras tanto, acelera en México el deterioro democrático iniciado por su antecesor y del que la reciente elección de jueces parece ser tan solo un eslabón.

LT lattercera.com

Declaración de Intereses en
www.grupocopesa.cl/declaracion
Impreso en Santiago por Copesa S.A.

Atención a suscriptores
en sucursal virtual:
<http://sucursavirtual.lattercera.com>



SANTIAGO DE CHILE |
AÑO 76

SU OPINIÓN IMPORTA

Envíe sus objeciones al contenido o
cobertura del diario a
lector@lattercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión
máxima de 1400 caracteres con
espacios a:
✉ Email: correo@lattercera.com
✉ Avenida Apoquindo 4660, Santiago.
La Tercera se reserva el derecho a editar los
textos y ajustarlos conforme a sus estándares
editoriales, en particular respecto a la
exigencia de un lenguaje respetuoso y sin
descalificaciones. Las cartas recibidas no
serán devueltas.

ESPACIO ABIERTO

Hay políticas y políticas de demanda

Guillermo Larraín
FEN U. de Chile



Las políticas de demanda pueden jugar un rol en la estabilización del ciclo. Lo hizo el ministro Velasco durante la crisis internacional en 2008-09. Si en el primer trimestre de 2009 los ingresos fiscales totales cayeron un 33%, el gasto creció un 22%. Esa política contracíclica logró estabilizar la economía. A pesar de una caída de 18% en los términos de intercambio, el PIB cayó solo un 1,1% en 2009 y duró tres trimestres. La inflación se aceleró a casi un 10% a finales de 2008, pero se corrigió y un año después era negativa. Las tasas hipotecarias subieron durante cinco meses y se ajustaron rápido. El mercado entendió que la política

de demanda era necesaria para proteger a la economía de un shock negativo del cual Chile había aprendido de las crisis de 1982-83 y 1998-99.

Esa política nekeynesiana es exitosa si resuelve un problema interno de acción colectiva. Si ante un shock, como el anterior o la pandemia, la reacción de empresarios y consumidores es reducir su gasto, la situación se agrava por la reacción defensiva de estos agentes económicos. Una política fiscal contracíclica sostiene la demanda y minimiza el shock inicial.

Estas políticas son exitosas si su uso es excepcional. El resto del tiempo, lo relevante es que la política fiscal provea financiamiento sustentable para políticas públicas bien diseñadas. En Chile desde hace más de dos décadas hemos desarrollado toda una estrategia para esto.

Primero, hay un proceso de evaluación social de proyectos (que debiera mejorar tanto en calidad como en oportunidad) para decidir cuáles son buenos y cuáles no.

Segundo, tenemos una regla fiscal cuya idea central es un activo país: a gastos estructurales, ingresos estructurales. Esta admite mejoras dados los errores sistemáticos de estimación que ha habido. Para financiar

proyectos prioritarios, es necesario pensar de dónde saldrán los recursos que lo financiarán permanentemente.

Finalmente, algunos proyectos pueden ser concesionados, lo que permite pagos diferidos de usuarios, endeudamiento de empresas y focalización de subsidios. En general, la experiencia ha sido exitosa. Por supuesto, hay críticas que en buena parte son producto de que Chile fue pionero en el desarrollo de concesiones y ha habido errores. El próximo gobierno deberá decidir la suerte de varias concesiones.

Ahora se nos plantea un nuevo tipo de políticas Kaleckianas. Estas apuestan a que cambios en su composición establezcan la demanda interna. Una idea es redistribuir ingresos usando impuestos y transferencias, desde personas con baja propensión a consumir a otros con alta propensión. Pero como los primeros ahorran, el impuesto reduce el ahorro, reasigna el capital hacia el extranjero y deprime la inversión. No solo eso. En el corto plazo tanto el consumo total como el PIB pueden aumentar, pero sin inversión este tipo de política termina siendo inflacionaria y finalmente recesiva. Es una receta demasiado vieja y repetida para no tomar nota desde ya.